

hoy escribe

Carlos Martín (*)

zelatan

Europa, la entelequia sangrante

Hace unos años se reunía la crema intelectual del Régimen renovado. El tema: «¿Qué es España?». No parece que arribasen a ninguna conclusión satisfactoria. Incluso alguno de los reunidos llegó a definir lo que al parecer resultaba indefinible diciendo que «España es una entelequia». Ahora le toca el turno a «Europa». Y, a lo que parece, «Europa» es otra entelequia.

En torno al tema «Goethe y la cultura como entidad europea», se reunía en Madrid el otro día una mesa alargada presidida por el señor Semprún, en condición, dijo, más de intelectual que de ministro. Cada uno de los intervinientes dibujó su loseta y el conjunto heterogéneo de las intervenciones no ofrecía, al final, más que un mosaico descabado.

Había algo tan llamativo como revelador, a la vez que irreplicable. Cada cual cogía su esquinilla del pañuelito o banderita, del simbolito o emblemita de lo que pueda ser o represente o signifique la idea de Europa. De lo que dijera el ministro intelectual o el intelectual ministro no me enteré porque llegué, afortunada y deliberadamente, al final de su intervención. Y es que no está mi estomago para tragar razones de un declarado padre apologeta de la Mentira Oficial. Por las reseñas de la prensa de Madrid parece que «Europa» le quita ahora el puesto a «España» en eso de ser una «unidad de destino en lo universal». Aunque, eso sí, «esa identidad universal sólo se mantendrá si se conservan las entidades que la conforman».

Entendámonos: todo esto no discurre en la materialidad histórica de lo real, sino en el reino superpuesto de las ideas y los entes puros. ¿Cómo si no podría hacer tales afirmaciones un miembro del Gobierno diseñador y ejecutor del Plan ZEN, plan dirigido contra una de las entidades que integran, no la «idea» de Europa sino una parte de su materia histórica, como es Euskadi? Si no fueran distintos e incommensurables el mundo sublime de las ideas y el mundo grosero de los hechos, el intelecto del ministro o el ministro con su intelecto sucumbirían a la esquizofrenia pura y simple. Pero dado que la sabia herencia platónica nos enseña que las ideas puras son la esencia de las cosas, y que los hechos y las cosas reales no son sino su pálido, sombrío y

despreciable reflejo, los señores ministros conservan en apariencia su salud mental y su autovaloración moral. Cloacas y salones coexisten en el poder sin que el hedor de las primeras perturbe el olfato de quienes, en los segundos, se entregan al deleite de los manjares y los perfumes exquisitos. Los cerebros de los detentadores del poder y sus panegiristas tienen en muy buen estado, a lo que parece, sus inodoros, bajadas y desagües ideales. Idealmente, las inmundicias que segregan no tienen traza de afectar al aparente confort con que hacen todas las necesidades del poder y de su justificación ideológica.

Como he dicho, iba de ideas, y de figuras señeras y ejemplares. El paradigma, la figura del polifacético alemán Johann Wolfgang (von) Goethe, estaba bien elegido. Impetuoso en su primera juventud; partidario del Orden desde su precoz madurez; abierto a las más variadas inquietudes; fáustico y partidario de la «virtud» de la renunciación; sensible a las injusticias, pero dominado por el santo horror a las revoluciones, diseña en sus últimas obras una utopía semiprofética. En la versión definitiva del *Wilhelm Meister* (1829), una cofradía de maestros en diversos oficios quiere emigrar al «Nuevo Mundo». El individuo adquiere su plenitud integrándose en una comunidad de hombres valiosos que, como él, han hecho el aprendizaje de la vida: una visión idealista de una futura sociedad regida por los valores del pragmatismo, y jerarquizada por los valores de una supuesta meritocracia.

La personalidad de Goethe resume como pocas todas las contradicciones de una época de transición, en la que se produce el paso del viejo orden absolutista y las estructuras feudales al nuevo orden burgués; en que Alemania, colección de Estados del disuelto «Sacro Imperio de la Nación Alemana», inicia su recomposición como entidad nacional moderna. Pero los apologistas de la nueva Europa pretenden vendérmola como figura emblemática de esa Idea europea. Al final de las intervenciones, en las que cada orador iba por su sitio y no era posible encontrar una mínima coherencia, que no fuera la referencia al «ideal», se dejaba notar un clamoroso silencio. No tanto un silencio físico en la sala,

cuanto un notabilísimo silencio mental, y prácticamente ninguna referencia a la constitución real, a la sustancia material histórica, sin la que Europa no pasa de ser una entelequia.

Esa realidad silenciada, esa estructura ausente, se me antojaba una inmensa bóveda, una carpa gigantesca, en medio de cuyo espacio vacío, unos equilibristas del intelecto hacían vanos ejercicios en una cuerda muy floja. Y es que la sustancia histórica material de Europa no es demasiado presentable. La realidad de Europa no es inteligible sin lo que las clases dominantes europeas han hecho a sus clases dominadas y al resto del mundo. La sustancia histórica europea ha engullido, para formarse, una parte muy considerable de los bienes, energías y vidas del planeta. El modo de producción capitalista, inventado en Europa, es la mayor maquinaria de explotación humana y de expoliación de la naturaleza. También es la mayor maquinaria de exterminio cruento y supuestamente incruento de toda la historia. Europa no es sólo una entelequia: es una entelequia sangrante.

Hay algo escalofriante en el frío ardor con que intelectuales que, no hace tanto, se hacían pasar por revolucionarios, como el señor Semprún, defienden hoy la inevitable aceptación de lo establecido (de lo impuesto), beatifican el capitalismo, se convierten en profetas de la no desalienación, de la imposibilidad de la desalienación, por secula seculorum.

No es extraño, a la vista del vigor de esta ideología neorreaccionaria, cuyos máximos exponentes son hoy antiguos «revolucionarios» o críticos arrepenidos, reintegrados por sus apetitos en el sistema opresor, el escándalo que levanta la existencia real de un movimiento como el MLNV. Que una creciente porción del pueblo vasco se tome en serio la liberación revolucionaria, tenga una práctica conducente a la desalienación, no puede por menos de ser piedra de escándalo para estas malas conciencias (no malas en el sentido moral convencional, sino de mala calidad humana, degeneradas), beatificadas por el sistema y sus prebendas.

(*) Periodista. Escritor

Ikurriña, bai?

Jendea franko Bastidan joan den igandean. Gure herriaren parte batek bederen bizirik nahi du gure hizkuntza.

Eta han, salmenta-postu apal batean, «Euskal Herrian Euskaraz» taldeko bi lagun topatu nituen. Dominak, eraskinak, eta euskararen aldeko gainerakoak saltzen zituzten.

Hantxe, mahai apal hartantxe, dexente zabaldu den kartatxo hori ikusi nuen: aurpegi bat, alegia, beronen ahoa piper-poto batek estaltzen duelarik. «erdaraz ari zaren bakoitzean, horretan ari zara», edo hone-lako zer bait.

— Zer? — galdetu nien. — Ongi saltzen al da hau?

— Ongi kamar — erantzun zidan bietako batek. — Eta nik ezer esan baino lehenago, hitz zehatzez oroitzen ez banaiz ere, honelatsu ekin zion:

— Saldu egiten duk, bai. Gure jendeak, simboloa bazterten dik; baina erdarari eutsiz... Ez duk normala, baina hori gertatzen duk oso maiz...

Jira dezagun orain arazoa bestaldera. Eta eman dezagun españolista mordo bat, españolista borrokalariz osatutako multzo anti-euskaldun bat. Entzun dezagun: «Ikurriñari ez» esaten dute beren manifestazioetan; gaztelaniaz, jakina: «No a la ikurriña». Areago: «Viva España, una, independiente, española»...

Hots, hona bigarren partez: españolista erradikal mordo horrek, joera bitxi hau du: españolez ongi jakin arren, beti ere beren artean... euskaraz!

Ez duzue sinetsi nahi? Nik ere ez nuke nahi. Baina gure arteko AS-KOREN jokabidea ikusirik, poitto egin dut.

«Ikurriña bai, española ez?»... Tira, tira!

Española bai, ikurriña ez. Horixe da askoren ardatza.

TXILLARDEGI

hemeroteca

Aves de paso

(José Serna Andrés, «Deia», 8-7-89)

Este verano, como ha sucedido durante los últimos años, 750.000 marroquíes y portugueses rodarán por las carreteras españolas. Son turistas de tercera categoría, aves de paso que engrosan con la propia sangre el número de ciudadanos sacrificados en la carretera.

Se trata de coches muy cargados, llenos de personas. La mitad de esta población itinerante es infantil. No se paran en los hoteles de lujo, ni siquiera en los más modestos, aunque necesiten dormir. Tienen prisa por llegar cuanto antes y, aunque les apetecería realizar un viaje más cómodo, saben que cuanto menos tiempo inviertan en el viaje menos cantidad de dinero gastarán.

Los que tienen «suerte» trabajan en los puestos más duros y menospreciados de la culta Europa. Quizás marcharon de su país de forma ilegal. Ahora tienen un vehículo y los papeles en regla, aunque no tanto como para hablar —ni en sueños— de un eurodiputado.

Ahora vuelven a casa, cansados del viaje, con toda la familia. Tendrán tiempo suficiente para vivir utilizando su propio idioma, su propia cultura, sus costumbres. Hasta que suene de nuevo el reloj que anuncia el final de las vacaciones, el comienzo del desarraigo.

De nuevo los miles de kilómetros hacia Europa. La marginación en un continente que se declara progresista a la vez que aumenta los brotes de xenofobia y las leyes contra los inmigrantes.

Estrés

(Fernando G. Tola, «El Correo Español», 8-7-89)

Tráfico cree que el exceso de información sobre accidentes causa estrés a los conductores. No sabemos si esta declaración es el primer paso que Tráfico da hacia la ocultación definitiva de los siniestros que se produzcan en las carreteras españolas. De momento, la DGT ha limitado, desde la pasada Semana Santa, a un solo parte diario la información sobre los accidentes durante las operaciones especiales.

Cuando las instituciones imitan el

comportamiento de mamá avestruz pueden anular la pesadumbre del dolor, pero no evitan su causa: lo que produce estrés en los ciudadanos no es la noticia de los accidentes, sino el estado de las carreteras, los atascos, la presencia agobiante de camiones en la ruta, los cruces mal señalizados, la vejez del parque automovilístico.

Y los ciudadanos que quieren evitar el estrés del volante se enfrentan a una angustia igualmente insoportable en las estaciones y aeropuertos: trenes lentos, feos, incómodos, caros. Aviones en huelga permanente.

Sólo falta que las compañías de aviación y ferrocarriles imiten la

actitud de Tráfico y oculten a los usuarios el precio de los billetes para que no sufran, y los retrasos, y el menú, y el lugar del destino, y hasta la hora de salida.

A fin de cuentas, ¿no declaran los empresarios españoles ganar la mitad que sus trabajadores para no estresar a los pobres?. Pues eso.



EL ROTO

«El Independiente»